

Universidad del Tolima - IDEAD - Año 13. No.13 Semestre B de 2025 ISSN: 2256-2133

REVISTA ESTUDIANTEL

ENTRE LÍNEAS



Universidad
del Tolima



ACREDITADA
DE ALTA CALIDAD

¡Construimos la universidad que soñamos!

Manos rojas carmesí

Angie Paola Beltrán Cruz

apbeltranc@ut.edu.co

Maestría en Pedagogía y Mediaciones Tecnológicas

II semestre

IDEAD – Universidad del Tolima

El silencio se apoderó de la habitación. Las paredes blancas ahora teñidas de rojo carmesí aún fresco, un olor metálico. Un cuerpo en el suelo. Todo pareció haber pasado en cámara lenta, pero fueron tan solo unos minutos. Él, estático en medio del salón, no tenía ni una sola expresión en su rostro. Por su mente se repetía una y otra vez aquel momento de frenesí, recordando cada gota de sangre caliente que caía en su cuerpo, en su rostro y la excitación que lo invadió.

Cuando volvió en sí, se vio cubierto de sangre, un sabor a hierro en la boca, miró a su alrededor y observó manchas de sangre en las paredes, su mirada se fijó al suelo, al cuerpo que estaba en él, sus ojos se abrieron como platos, su respiración se agitó y cayó de rodillas, ante la escena abrumadora, percatándose en el momento del cuchillo que aun sostenía entre sus dedos.

- ¿Qué pasó? -, se miró las manos y preguntó - ¿Qué hice? -.

Comenzó a arrastrarse por las baldosas hasta llegar al cuerpo ya sin vida de su hija. Soltó un grito fuerte de lamento.

- ¿Por qué nos has abandonado? ¿Cómo permitiste esto Dios? -.

Su rostro que minutos atrás estaba inexpresivo, ahora reflejaba un dolor inmenso y una tristeza





dolorosa, no lograba entender qué había pasado ni cómo sucedió todo. En su desesperación comenzó a realizarle maniobras de resucitación a la pequeña, pero ya era demasiado tarde, se había ido.

Se acurrucó cubriendo en un abrazo al cuerpo inerte de su hija, con su mano trazó una melodía agridulce sobre el rostro, como buscando consuelo en medio de la tragedia, no encontrando nada. Bajo su extremidad por todo el torso logrando sentir las heridas del arma corto punzante.

De repente nuevamente estático se encontró, con la mirada perdida en la pared, cuando regresó miró a su pequeña y la lanzó lejos de él. Se paró, sacudió sus manos y fue a la parte trasera de su casa, tomó una pala y pico que tenía en su desván y empezó a cavar, duró gran parte de la noche. El hoyo era un poco más grande que el tamaño de la pequeña. Ingresó a la casa, envolvió el cuerpo en sábanas blancas, la cargó y tiro al hueco, para luego taparla con tierra. A

SECCIÓN DE CUENTO

unos metros de este en un hoyo más pequeño ocultó el cuchillo.

Entró a casa, subió al segundo piso, se desvistió e ingresó al baño a darse una ducha, el agua se llevó por el sifón la sangre que teñía su cuerpo. Al salir vio su reflejo en el espejo, en donde sus ojos parecían como lagos sin luna, sin ningún tipo de brillo. Siguió a su dormitorio en donde se envolvió entre las sábanas y Morfeo se lo llevó por más de quince horas.

Al despertar en la mañana, su rostro reflejaba un lienzo marcado por la angustia y la preocupación, como un cuadro oscuro que aún conservaba los colores del recuerdo de ver a su hija en el suelo ya sin vida. Al bajar las escaleras, su hogar se erguía como un escenario intocado por el caos, sembrando la duda de si lo vivido fue una verdad incierta o simplemente el eco de una pesadilla. Al comprobar que todo reposaba en su lugar habitual, llenó su taza de café, anclándose a la rutina para encontrar consuelo en lo cotidiano. Llamó en repetidas ocasiones a su examante, no encontrando respuesta, anhelaba saber de su hija, tras aquel sueño traumático.

Se vistió y salió a su trabajo. Diez horas más tarde retorno a su hogar y al dar un solo paso en la habitación principal un dolor de cabeza intenso lo desvaneció. A los pocos minutos se levantó y fue a la cocina preparando uno huevos para merendar antes de dormir, miró por la ventana el punto en donde había enterrado a su pequeña y se deslizó una sutil sonrisa, para luego sentarse devorar su plato e ir a descansar.

Al despertar al siguiente día no podía explicar cómo había pasado de la puerta de su casa a la cama y menos el hecho de que seguía en sueños viendo a su hija en el suelo cubierta de rojo carmesí. Ese día prefirió no ir a trabajar, por lo que inició actividades de lavandería y tendero. Al salir a la parte trasera con la canasta llena de ropa para que los rayos del sol la lograsen secar,

se tropezó, cayendo al piso, con un royo de tela que le resultó familiar, trató de sacarlo de un tirón y al ver que no lo lograba, comenzó a escarbar con sus manos. Reconoció los patrones, era un vestido de su hija, se le hizo raro y continuó hasta ver un pequeño dedo asomar. Quedó paralizado por dos segundos y continuó. Al terminar gritó tan fuerte que los ladridos de los perros vecinos no se hicieron esperar. Tras ello, se desvaneció.

Al abrir sus ojos, estos se llenaron de lágrimas mientras abrazaba con fuerza a su hija, repitiendo un 'no' una y otra vez. El eco de sus gritos resonaba entre sollozos y golpes al suelo, preguntándose: - ¿Quién te hizo esto? ¿Fui yo? No, no puedo ser, no entiendo-.

Abandonó a su pequeña por unos minutos en el suelo, se adentró en su hogar y subió a su habitación. Buscó entre las pertenencias en la mesita de noche y la halló, bajó la escalera y regresó junto a su retoño. Allí, la miró con ternura, depositando un suave beso en su frente, de repente el estruendo de un disparo emprendió el vuelo de los pájaros.

Ahora, los dos yacían en la tierra, dejando atrás este mundo terrenal.

Lo que no sabía él, era que desde muy joven padecía de un trastorno de identidad disociativa, el cual es un trastorno mental complejo, donde la persona que lo padece experimenta dos o más personalidades y en donde en la mayoría de ocasiones se evidencia lagunas en la memoria sobre diferentes momentos y acciones realizadas. Él murió sin saber si realmente era un asesino, el asesino de su hija, si su hija sufrió ni el por qué todo eso le pasaba.





ENTRE LINEAS